

Era el año 1911.

Yo tenía catorce años.

La abuela había escrito desde Eksjö para anunciarnos que el lunes, 6 de noviembre, precisamente el día de Gustav Adolf, fiesta nacional, nuestra nueva muchacha llegaría en el tren. Pero no teníamos que ir a esperarla; no lo quería. Era una chica 'independiente' -decía en su carta la abuela- y mamá, que estaba un poco cansada de todas las otras muchachas que habíamos tenido y que no se atrevían a tomar una decisión, se alegró de que la nueva muchacha fuera diferente.

Mamá era demasiado buena y se dejaba engañar fácilmente. No tenía suerte cuando se trataba de encontrar muchachas. La abuela tenía mayor experiencia y mejor ojo para las personas. Las chicas que ella nos había recomendado, siempre se habían portado bien.

Acostumbrábamos a tener dos sirvientas en casa, una joven, la doncella, y otra de edad, la cocinera. Era la joven la que causaba a veces problemas. Cambiábamos de doncella bastante a menudo. A Svea, la cocinera, la habíamos tenido, por el contrario, muchos años. Antes de venir a nuestra casa había servido en muy 'buenas familias' de 'las más encopetadas' -como se complacía en contar-, para que comprendiéramos que era un honor para nosotros tenerla en nuestra casa.

Ya desde un principio, Svea había acogido a mamá bajo sus alas protectoras, y era seguramente mamá, la razón de que continuara en casa. Por lo demás, no necesitaba halagar a nadie -como decía-, pues sus buenos informes le harían encontrar trabajo donde quisiera. Pero encontraba que mamá estaba tan desamparada, que no podía tan fácilmente abandonarla y dejarla sola en un mundo de desaprensivos.

Tenía importancia que Svea se encontrara a gusto. Por eso reinaba cierta inquietud, hasta tener la seguridad que ella aprobaba a la nueva muchacha. Si no lo hacía, la nueva no se iba a hacer vieja en la casa.

Ahora, pasado el tiempo, he comprendido que Svea tenía razón y demasiada autoridad. Mamá le consultaba todo y aceptaba ciegamente lo que le decía. Si ocurría alguna desavenencia entre ellas, era mamá la que pagaba el pato. Nunca era la culpa de Svea. Y mamá era la estampa de la aflicción hasta que volvía a obtener el perdón.

A menudo tenía yo la impresión que se fiaba más de Svea que de papá y de nosotros.

La propia Svea se consideraba amante de los niños. Había deseado ardientemente tener hijos propios, pero no se había casado y ahora ya era demasiado vieja.

A su ruda manera seguramente nos quería, pero no había que esperar que nos mimase. Este no era su estilo. Además no quería encariñarse demasiado con los niños de la familia donde estaba, pues entonces podría ser difícil separarse de ellos cuando tuviera que irse.

Nosotros, los chicos, considerábamos a Svea como a una persona severa y hasta un poco peligrosa. Aunque a mamá le inspirase una total confianza, no era lo mismo en nuestro caso. Su papel, cuando se trataba de las relaciones entre nosotros y mamá, es un capítulo que nunca estuvo claro. Tal vez no sea justo, pero

a veces me preguntaba si no llegaba hasta intrigar para hacer su propia voluntad, especialmente cuando se trataba de papá.

Su actitud para con los hombres era, por lo menos, ambigua.

Al mismo tiempo que admitía a ciegas que el hombre debía ser el señor de su casa, había que acostumbrarlo, eso sí, a que estuviera en su sitio. Los consejos que le daba a mamá eran desconcertantes. En parte, mamá debería mantenerse firme y no ceder; en parte, ella debía estar 'sometida al hombre', como dice la Biblia. Todo esto ha debido de ser difícil para mamá en su vida.

Pero Svea tampoco fue persona fácil para nosotros, los niños. Teníamos que ser 'obedientes y dóciles' para con todos los mayores, puesto que los mayores siempre sabían más que los niños, según ella. Para Svea no existía la posibilidad de que los mayores pudieran tener entre ellos opiniones opuestas y criterios diferentes y que, por tanto, dieran órdenes contradictorias. Y, sin embargo, era así.

A menudo no sabíamos a quién debíamos obedecer.

Nuestra nueva muchacha vendría el lunes, 6 de noviembre.

Era el día de Todos los Santos, y habíamos estado en el cementerio y encendido velas sobre la tumba de nuestro hermanito enterrado allí. Era el mayor de todos los hermanos; debería haber cumplido los diecisiete años si hubiera vivido; pero murió cuando era tan pequeño, que ninguno de nosotros le recordábamos.

Se llamaba Hjalmar.

Nadie sabe exactamente de qué murió. Un buen día perdió el ánimo, dejó de respirar y se murió.

Fue muy extraño. Se creía que su ánimo de vivir no era suficientemente fuerte.

Pero ¿de dónde viene el ánimo de vivir? ¿Quién lo enciende y lo apaga?

Reflexionaba yo acerca de esto cuando estábamos allí con las velas encendidas sobre su pequeña sepultura.

Estábamos mamá, mi hermano Roland, nuestra hermanita Nadja y yo. Papá no estaba.

El suelo crujía, helado y duro, bajo nuestros pies. Soplaba un leve vientecillo. Tiritábamos en nuestros abrigos, y las luces temblaban inquietas sobre las sepulturas.

Cuando regresamos, toda la casa estaba dormida en la oscuridad. Svea no había encendido todavía la luz. Vino corriendo con un candelabro y parecía que estaba muy despierta. Mamá le rogó que encendiera las velas e hiciera fuego en la chimenea del comedor. Después, podía preparar el chocolate.

La luna salía precisamente de una nube y su luz empezaba a penetrar por la ventana. Mi deseo era que Svea no encendiera demasiadas luces.

Pero a mamá le gustaba tener mucha luz a su alrededor. El claro de luna la hacía tiritar de frío, especialmente en esta época del año, que resultaba tan fría y azul. Dentro de la casa la luz debía ser caliente y roja, según mamá.

-Qué gusto dará el año que viene cuando tengamos luz eléctrica -exclamó mamá al mismo tiempo que ayudaba a Nadja a ponerse las babuchas.

Estas palabras las repetía casi cada día, y al cabo de un rato agregaba con un pequeño suspiro:

-Si al fin llega tal acontecimiento.